

—Es imposible, me dijo palideciendo; eso que me contais es imposible.

Nos hicieron subir á los tres á la plataforma, ocupada una hora ántes por la pequeña fuerza del miserable Yablousky, el amigo de López, y despues pasar al otro lado saltando sobre adobes dispuestos de prisa en forma de escalera.

Comprendimos inmediatamente que el enemigo habia penetrado por allí.

Algunos minutos despues nos hallábamos entre los sitiadores. Fuimos colocados entre dos largas filas de bayonetas, establecidas como si se esperase recibir otros muchos prisioneros.

IX

Toma del convento de la Cruz.—El Emperador escapa de los republicanos.—Escenas extrañas.—El Emperador se dirige al Cerro de las Campanas.—El Emperador y el general Castillo.— Llegado ante el palacio departamental, el Emperador envia la orden de reunir todas las tropas que le quedan.—López introduce á los republicanos al convento de San Francisco y desarma á los húsares y á la escolta del Emperador.—Audacia de López.—El general Miramon es herido tratando de reunirse con el Emperador.—El general Mejía llega al Cerro de las Campanas.—Confusion.—Pánico.—Aspecto del Cerro de las Campanas.—El Emperador se inquieta por la suerte de Miramon.— Toda la artillería republicana concentra sus fuegos sobre el Cerro de las Campanas.— La posicion se hace insostenible.— Los dragones de la Emperatriz.— El Emperador envia un parlamentario á Escobedo.— ¡ La bandera blanca! — El Emperador se rinde.— Todo se ha perdido, menos el honor! — Los generales Mendez y Arellano.—Comienzan los fusilamientos.

Veamos ahora lo que pasaba en el interior de la plaza.

Una vez sorprendidos la Cruz y el cementerio como llevo referido, los republicanos se apresuraban á tomar posesion de todo el edificio, lo que les era muy fácil yendo guiados por López, protegidos por la autoridad de este último, por el sueño de todos y por la oscuridad de la noche.

El coronel disidente Rincon Gallardo ocupaba con su fuerza las alturas del convento, las escaleras, los patios y todas las salidas, desarmando, ántes de que despertaran completamente, á la gendarmería, á la compañía de ingenieros, al batallon del Emperador y á los voluntarios de Querétaro.

Los republicanos se echaban despues sin ruido sobre la artillería formada en la plaza de la Cruz, y que esperaba el momento de ponerse en marcha para la salida del siguiente dia. Se apoderaban tambien de la flecha que defendia la izquierda de la Cruz, de la iglesia contigua, de los trabajos de la derecha, del hospital, de los almacenes y del parque de artillería, que se encontraban tambien de aquel lado.

La pequeña reserva, compuesta de una parte del 3º de línea, que descansaba en el patio de entrada y en los corredores del hospital, fué desarmada y hecha prisionera con la facilidad que se encuentra en todos los detalles de esta sorpresa, gracias al coronel López, que guiaba á los republicanos y daba las órdenes necesarias para prevenir ó impedir toda resistencia.

Como nadie sospechaba ni comprendia lo que pasaba, no se disparó un solo tiro, ni se dió un grito de alarma, miéntras que el cuartel general y sus anexos caian en poder del enemigo, en medio de una calma fantástica.

La posesion de la Cruz, punto dominante y clave de la plaza, traia consigo la caida de Querétaro. Los republicanos se ocuparon, pues, luego que apareció la aurora, en terminar la ocupacion tan fácilmente comenzada.

En el momento en que los sitiadores tomaban la Cruz, Yablousky, el único cómplice de López, y despues el mismo López, corrian á dar la alarma al Emperador y al general Castillo, haciéndolos despertar con la espantosa noticia de que el enemigo entraba á la Cruz y se habia apoderado ya por la fuerza del cementerio, noticia falsa dada á sabiendas, puesto

que, como se ha visto, los republicanos acababan de hacerse dueños de todo el edificio y sus dependencias sin que se les pudiese oponer la menor resistencia.

Ante aquel inminente peligro, el Emperador apeló á toda su sangre fria, y dijo al general Castillo, al príncipe de Salm y á su ayudante Pradillo, que habia entrado precipitadamente á su cuarto:

—«Salir de aquí ó morir es el único recurso.»

La ejecucion siguió rápidamente al pensamiento. Tomando sus pistolas y algunos papeles importantes, bajó las escaleras, seguido de las tres personas que acabo de nombrar.

El Emperador llevaba un ancho sombrero de fieltro blanco bordado de oro, y su uniforme de general de division estaba cubierto con un paltó que le resguardaba del frio de la mañana.

Esta circunstancia y la semioscuridad de los corredores, impidieron que fuese reconocido por un centinela republicano que encontró abajo, y que tomó por uno de sus gefes á aquel hombre vestido de semejante manera y que se dirigia á él con tanta sangre fria. El centinela presentó las armas. El Emperador contestó al saludo y pasó; atravesó los patios, y algunos segundos despues se hallaba en la plaza de la Cruz.

En aquel momento salia la luz, mostrando á las miradas del Soberano toda la extension del desastre. Pero el alma del Emperador estaba bien templada, y léjos de retroceder ante el peligro, á la vista de los republicanos preparó su revólver diciendo á los que le seguian:

—«Adelante.»

A los primeros pasos fué detenido por los republicanos. López se hallaba presente, y sea que creyera poder salvar todavía las apariencias, como lo prueban sus impudentes y necios manifestos, sea que se apoderase de él un tardío remor

dimiento, se acercó á un gefe republicano y le dijo que dejara pasar á aquellas cuatro personas, que eran paisanos.

Este, que ejecutaba religiosamente, y con razon, todas las instrucciones del traidor, dió la órden indicada, aunque las insignias militares que llevaba el Emperador y su séquito desmintiesen las palabras de López.

Sin perder tiempo en pedir á su protegido explicaciones sobre aquella escena incomprensible, el Emperador se dirigió al Cerro de las Campanas, á fin de reunir allí algunas tropas para resistir hasta el último instante, ó para abrirse paso por entre los sitiadores.

Al pasar frente al meson que servia de cuartel á su escolta y á los húsares, el Emperador envió á los comandantes la órden de mandar ensillar á toda prisa y de incorporársele en el Cerro de las Campanas.

Se le llevó su magnífico caballo, pero, rasgo que caracteriza perfectamente al Emperador Maximiliano, rehusó montarle porque, á su lado, su gefe de estado mayor el viejo general Castillo, y el príncipe de Salm iban á pié.

Se detuvo despues un momento en el palacio departamental, de donde expidió al general Miramon órden de reunir cuantas fuerzas pudiera, y acudir con ellas.

Durante aquel tiempo el coronel republicano Rincon Gallardo, siempre guiado por López, penetraba al centro de la plaza, se apoderaba de la torre y del convento de San Francisco, donde se encontraba nuestro parque general, y hacia prisionero al gefe de escuadron de artillería Becerra, que mandaba allí y habia recibido al traidor sin desconfianza alguna.

Pocos momentos despues la escolta imperial y el escuadron de húsares austro-mexicanos, que iban á incorporarse con el Emperador, pasaron por San Francisco. López, que era su gefe directo, los detuvo al paso, les ordenó echar pié á tierra,

hizo prisioneros al capitán Paulowski, á sus oficiales y á los de la escolta imperial, y mandó á los soldados que depusieran sus armas, que recogieron inmediatamente los republicanos; y lo mismo hizo con todos los destacamentos que encontró.

Hecho esto, López, seguido de una fuerza republicana, á la que se adelantó un poco, se dirigió al palacio departamental, adonde hemos dejado al Emperador esperando á Miramon. El traidor se presentó hipócritamente ante el Soberano, que le preguntó asombrado:

—¿Pero qué es lo que pasa, coronel?

—Señor, contestó López, señalando á los republicanos que desembocaban por una calle; todo se ha perdido. Mirad, el enemigo nos sigue de cerca.

No comprendiendo bien todavía la traición de su ingrato protegido, el Emperador esperó un momento que la tropa designada por López fuese nuestra guardia municipal, y aun envió á un oficial á reconocerla. López insistió entónces con el amo á quien traicionaba, para que se dejase ocultar en una casa vecina. El Emperador rehusó desdeñosamente.

El oficial que había partido para reconocer la tropa que se adelantaba, volvió á todo galope á anunciar que era el enemigo. No teniendo ninguna fuerza respetable á la mano y no pareciendo Miramon, el Emperador dió la orden de retirarse al Cerro de las Campanas.

López se guardó muy bien de seguir al Soberano, y se incorporó en el acto á los republicanos para servirles de nuevo con su infamia.

Mientras que todo esto pasaba en una parte de la ciudad, el general Miramon, hallándose desde muy temprano en la calle y sabiendo de repente que los republicanos entraban en la Cruz, se dirigía hácia este último punto, donde creía al Emperador en peligro, cuando fué encontrado por un desta-

camento republicano. Un oficial se adelantó y disparó sobre el general varios tiros de revólver, de los que uno mató á su ayudante Ordoñez.

Miramon, recobrado de su sorpresa, toma su pistola y apunta al oficial. En el mismo instante recibe una bala en la mejilla derecha. Responde tiro por tiro; pero aturdido y cegado por el dolor, no da, á pesar de su destreza ordinaria, al oficial enemigo, y emprende la retirada descargando sus últimos tiros y conteniendo, con su pañuelo, la sangre que se escapa con abundancia de su herida.

Se le llevó á casa de un médico, que despues de haberle vendado fué á denunciar su presencia á los republicanos.

El general Mejía, mas afortunado, lograba llegar al Cerro de las Campanas con una pequeña fuerza de caballería, y se reunía con el Emperador.

El coronel Gonzalez, de los dragones de la Emperatriz, advertido á tiempo, mandaba ensillar á toda prisa y acudía á formar su regimiento en el llano situado al pié del Cerro.

El Emperador no esperaba mas que la llegada del general Miramon, cuya suerte ignoraba, para abrir un portillo.

Todos los hechos que acaban de leerse pasaban con una rapidez increíble; simultáneamente llegaban á todas las líneas, como conducidas por corrientes eléctricas, las funestas noticias de la entrada de los republicanos á la plaza, de la traición del coronel López, de la herida del general Miramon y de la presencia del Emperador en el Cerro de las Campanas.

La confusión era horrible. Los republicanos repicaban á vuelo con las campanas de la iglesia de la Cruz y San Francisco, y disparaban sobre cuantos encontraban en las calles.

Los gritos de *¡viva la libertad!*, la idea de que todas las líneas de defensa se hallaban amenazadas por detras, el asalto que se disponían á dar los sitiadores, las descargas de artille-

ría, la aparición de los republicanos en diferentes puntos, todo hizo nacer un pánico general. Nuestros mejores gefes perdieron la cabeza. Casi todas las fuerzas sitiadoras, ménos la caballería, se introdujeron en las calles de la ciudad. Nuestro pequeño ejército desapareció en algunos minutos, dispersado ó hecho prisionero.

Instintivamente los oficiales trataban de llegar al Cerro de las Campanas. Algunos, bien montados, lo lograban, pero los que se hallaban á pié eran prontamente alcanzados por los republicanos.

Desde el Cerro de las Campanas el Emperador veía y dominaba ese desastre inmenso é irreparable, sin poder hacer nada para detenerle.

En aquel momento el Cerro de las Campanas presentaba un espectáculo verdaderamente punzante.

La especie de reducto que le coronaba, además de su guarnición, estaba lleno de oficiales y de soldados de todos cuerpos y de todas armas, que se habían refugiado allí como náufraeos en una balsa. A cada momento llegaban otros nuevos, y había la necesidad de hacerlos abandonar sus monturas y aun de rehusarles la entrada; pero más humanos que el comandante, los artilleros los dejaban penetrar por las troneras.

El reducto era el punto de mira de todas las baterías sitiadoras. Los republicanos volvían también contra el Cerro nuestras propias piezas de que acababan de apoderarse.

La posición era insostenible. Así es que el Emperador aguardaba á Miramon con impaciencia, preguntaba á cada momento si no se distinguía á este último entre los grupos que corrían á rienda suelta hácia el Cerro, é interrogaba á los recién llegados para adquirir noticias suyas.

—«Solo á él espero, decía el Emperador á los generales Castillo y Mejía; no quiero dejarle atrás.»

Pero después de haber formado su regimiento de dragones de la Emperatriz, el coronel Gonzalez se presentó al Emperador para pedirle instrucciones; le dijo que Miramon había sido herido en la mejilla y que iban á hacerle una dolorosa operación.

Afectado por esta noticia, el Emperador llamó aparte á los generales Mejía y Castillo, y les preguntó si, francamente, les parecía posible romper las líneas del enemigo.

El general Mejía tomó un anteojo de larga vista, y después de haber examinado atentamente la situación de las líneas y de las masas de caballería republicanas, así como los obstáculos que había que vencer, contestó:

—«Señor, pasar es imposible; pero si Vuestra Majestad lo ordena, trataremos de hacerlo: en cuanto á mí, estoy dispuesto á morir.»

Era preciso, sin embargo, tomar una determinación. El fuego de la artillería republicana redoblaba; los proyectiles llegaban y se cruzaban en todos sentidos en el reducto. No se podían contestar más que con cinco ó seis piezas. Las columnas sitiadoras se acercaban. Los dragones de la Emperatriz no podían permanecer por más tiempo formados á descubierto al pié del Cerro, sin ser prontamente exterminados por una lluvia de proyectiles. El coronel Gonzalez y sus valientes oficiales contenían con dificultad á los dragones. Estos, cuyas filas eran clareadas á cada momento, querían cargar ó ponerse á cubierto.

Convencido de la imposibilidad de sostenerse por más tiempo y de la inanidad de toda esperanza, el Emperador se decidió á enviar á su oficial de órdenes, Pradillo, como parlamentario, á Escobedo, á fin de pedir garantías para sus oficiales y tropas, y ofreciéndose él, en sacrificio, al enemigo.

Pradillo bajó y se lanzó á todo galope en el llano, en busca

de Escobedo, mientras que se enarbolaba la bandera blanca y se callaban los pocos cañones del Cerro.

Parece que estas señales elocuentes no bastaron á los republicanos, porque su artillería continuó dirigiendo una granizada de proyectiles llenos y huecos contra el Cerro, mientras que su infantería se adelantaba impunemente por todas partes.

Ante este último acto de deslealtad, el Emperador comprendió que todo había concluido, y sin esperar la vuelta del parlamentario, que era ya inútil, se rindió á discreción á los gefes republicanos Riva Palacio y Corona. Los dragones de la Emperatriz se dispersaron.

Por indicación de los gefes republicanos el Emperador bajó del Cerro para ser conducido, con su numeroso séquito, al convento de la Cruz.

Allí el monarca vencido tuvo que sufrir un primer ultraje.

Un miserable, presa de la embriaguez, hizo ostentación de su infamia ante el Emperador.

Este cobarde, llamado Dávalos, antiguo gefe de auxiliares de la división Márquez, que se había pasado vergonzosamente á los disidentes un año ántes, despues de haber sustraído la caja de su cuerpo, había sido, como de costumbre, bien acogido por nuestros adversarios, que hicieron de él uno de sus gefes importantes.

Llegado uno de los primeros ante el Emperador, este Dávalos tomó su revólver, le preparó y dirigió el cañon varias veces á la cabeza y al corazón del agosto vencido, preguntándole con cólera, si efectivamente era Maximiliano.

Nuestros oficiales, testigos de aquella escena, iban á echarse sobre aquel miserable y á tratarle como merecía. De ahí debía seguirse una lucha sin cuartel. El Emperador, para im-

pedirlo, dió una nueva prueba de sangre fría, y sin hacer un gesto de temor, sonriendo desdeñosamente, contestó que, en efecto, no era otro que Maximiliano.

El bandido, vencido por aquella sangre fría y aquel grande aire de majestad ofendido, bajó su arma, y movido por un capricho de borracho rogó al Emperador le concediese el favor de un abrazo cordial. El Soberano consintió, y su uniforme fué manchado con el contacto de Dávalos.

Por fortuna llegaron Riva Palacio y Escobedo, quienes trataron al Emperador con mas consideración.

El Emperador entregó su espada al general en gefe de los republicanos, que la dió á uno de sus ayudantes para que fuese enviada á Juarez.

Durante algunos minutos el Emperador y Escobedo hablaron aparte, y despues, montando de nuevo á caballo y seguidos de los oficiales imperiales y de una fuerte escolta, se dirigieron hácia la Cruz, atravesando la ciudad. La población se hallaba espantada y consternada.

Llegados á la plaza de la Cruz, el agosto prisionero echó pié á tierra, lo mismo que sus fieles servidores. Se les hizo abandonar sus caballos, sus armas, y entraron, como reos de Estado, en una prision.

Cuando Querétaro caía así en poder de los que la habían sitiado durante setenta y un dias sin lograr jamás penetrar en ella, el general Mendez, sorprendido en su casa y no pudiendo reunirse al Emperador en el Cerro de las Campanas, porque ya el camino estaba interceptado cuando se le despertó, aceptaba un refugio en una casa segura, ofrecido por un amigo generoso.

El general Arellano, sorprendido también en su alojamiento, se salvaba por su presencia de ánimo, haciéndose pasar por un subalterno sin importancia, y dando á los que le aprehen-

dian un precioso reloj y todo el oro que llevaba; despues, libre de ellos, lograba escaparse por las azoteas de su casa.

Varios gefes y oficiales caian al mismo tiempo víctimas de los rencores particulares y de la exaltacion de los sitiadores.

El coronel Santa Cruz, del 4º de Lanceros, ya herido en el cuello y cierto de ser fusilado si caia vivo en poder de los republicanos, no escuchó mas que su desesperacion y trató de abrirse paso. Su temeridad le costó la vida. Cayó acribillado de heridas. Costó trabajo reconocer al dia siguiente su cadáver.

El coronel Campos, gefe de la escolta particular del Emperador, fué separado de los prisioneros, á quienes se conducia á la Cruz, y aunque herido, llevado á un lugar próximo á la plaza, donde se le fusiló.

X

Pateo.—El teniente coronel republicano Castañeda y sus oficiales.—Un desertor.— Los hermanos Q—La guerrilla de Simon Gutierrez.—Nos llevan á Querétaro.—Vuelvo á ver á López por última vez.—Nos encierran.

La recepcion que se nos hizo en Pateo fué mejor de lo que nos la esperábamos, y disipó, en parte, el temor que teniamos de ser ejecutados prontamente y en masa.

Fuímos puestos bajo la custodia de un batallon de la division Riva Palacio, mandado por un oficial superior llamado Castañeda, que se condujo con nosotros como hombre decente.

Sus oficiales, jóvenes de México en su mayor parte, nos trataron tambien con cortesía. A ejemplo de su gefe llevaron su bondad hasta hacer participar de su almuerzo á los que tenian mas hambre de entre nosotros.

Algunos vendedores que abusaban de nuestra posicion para vendernos á precios exorbitantes el alimento mas ordinario, y sobre todo el pan, que era una golosina para nosotros, fueron echados vergonzosamente. Uno de ellos, mas codicioso que los demas, fué obligado á servir como soldado; su incorporacion forzada fué juzgada como un castigo poco severo.

Yo estaba muy admirado de los procedimientos de nuestros adversarios para con nosotros; pero se me hizo observar, con razon, que la casualidad nos habia favorecido poniéndonos bajo la vigilancia de un cuerpo que no tenia igual en todo el ejército republicano. En efecto, aquel batallon habia sido formado por Riva Palacio, gefe liberal moderado y convencido, que gozaba de la estimacion de ambos partidos á causa de su rectitud y de su lealtad. Naturalmente, semejante gefe tenia cuidado de la composicion de sus cuadros.

Muchos de entre nosotros encontraron conocidos, amigos, parientes y aun enemigos personales en el campo de los sitiadores.

Un oficial de lanceros fué reconocido por un antiguo suboficial, desertor de su escuadron. Este pícaro, ladron é indisciplinado, habia sido degradado y castigado severamente por el oficial de que hablo.

Convertido de nuevo en soldado, no trató de desertar como se habia creído al principio. Al contrario, se manifestó sumiso hasta el momento en que, en marcha, creyó encontrar una ocasion favorable para sublevar á sus camaradas y asesinar á sus gefes.

No consiguió sus fines. La sublevacion fué dominada por los oficiales; pero nuestro bribon, aunque herido, pudo escaparse y se pasó á los disidentes, que hicieron de él inmediatamente un personaje.

En el momento de que hablo mandaba uno de sus escua-

drones de partidarios, y se paseaba entre nosotros pareciendo buscar á alguno. De repente reconoció á su antiguo jefe, y vomitando blasfemias y groseras injurias, sacó su sable y se lanzó con rabia sobre aquel desventurado, dándole redoblados golpes y abrumándole de insultos.

Nuestro camarada, desarmado, no podia defenderse; perdía su sangre, y vencido por el dolor daba gritos desesperados. Costó trabajo quitarle de las manos del furioso desertor. Fué preciso que los oficiales republicanos acudiesen é interviniesen.

Tambien me conmovió mucho una escena de otro género.

Un jefe de ingenieros de las tropas republicanas, llamado Q....., que gozaba de grande influencia con Escobedo, tenia un hermano jóven que servia en la misma arma en el ejército imperial.

Alumno del colegio militar de Chapultepec, este último habia combatido á los franceses durante la defensa de Puebla, á las órdenes de su hermano mayor, y como este último, habia sido hecho prisionero y conducido á Francia.

Cuando recobraron la libertad los dos hermanos, volvieron á México. El mayor no reconoció al Imperio y volvió con los republicanos. Habria deseado que su hermano menor le siguiese; pero este último se rehusó á ello, declarando que si habia combatido contra la intervencion en Puebla, era porque ignoraba su verdadero objeto; pero que conociéndole, no solamente no la combatiría ya, sino que, por el contrario, cumpliría con su deber de soldado sirviendo al gobierno establecido. Los dos hermanos se separaron disgustados para siempre.

En Querétaro Q..... era uno de nuestros mas valientes y encantadores oficiales de ingenieros.

Apénas habiamos llegado á Pateo, cuando su hermano mayor, inquieto por su suerte y buscándole por todas partes, fué á verle.

Su entrevista fué de las mas penosas.

—Vaya, dijo el mayor con una frialdad afectada y adelantándose lentamente, ya estais aquí, señor.

Conmovido y humillado el menor, no halló nada que responder; bajó los ojos, y se le escaparon en silencio algunas lágrimas.

El mayor pareció vacilar un momento; despues acabó por tender la mano á su hermano y cayeron en los brazos el uno del otro.

Nos alejamos discretamente para no turbar su expansion.

Como á las diez de la mañana se nos mandó formar entre dos filas de soldados de caballería á todos los que éramos oficiales. El teniente coronel Castañeda se despidió de nosotros. ¡Cuánto sentimos no quedar bajo la custodia de un hombre tan excelente! Pero fué preciso partir.

Nos alejamos de Pateo tomando la direccion contraria á Querétaro, la del cerro de Carretas.

Los soldados de la escolta nos dirigian palabras muy poco tranquilizadoras sobre nuestra suerte futura.

Algunos tímidos creyeron adivinar que se nos alejaba intencionalmente de Querétaro para conducirnos á la Cañada, lugar desierto y propio para un fusilamiento.

Gracias á la disposicion de los ánimos y á la experiencia de muchos de los nuestros, este temor se comunicó casi á todos y se cambió en terror mal disimulado, cuando, haciendo alto bajo el acueducto, supimos que nuestra escolta no era ni mas ni ménos que la guerrilla de Simon Gutierrez, jefe famoso en las provincias de Jalisco y de Zacatecas, donde los franceses le habian perseguido largo tiempo y derrotado muchas veces sin lograr aprehenderle.

Los guerrilleros, advirtiendo sin duda nuestra disposicion de ánimo, se divirtieron con nosotros hasta el momento en que,

poniéndonos de nuevo en marcha, dímos vuelta á la derecha para volver á entrar á la ciudad por el camino de México. Se nos habia hecho tomar aquel largo camino, simplemente porque nuestra escolta de caballería no podia atravesar las líneas de circunvalacion.

Pasamos á lo largo de las paredes del jardin de la Cruz. Volví á ver el cementerio y la tronera por donde el enemigo habia sido introducido por López durante la noche.

Se nos hizo entrar á la ciudad por una brecha recientemente ejecutada en la flecha situada á la izquierda del convento.

La plaza de la Cruz presentaba un aspecto indescriptible.

El campanario, las azoteas y las ventanas del hospital estaban llenos de republicanos que nos veian llegar con curiosidad.

Algunos oficiales á caballo reunian nuestra artillería y nuestros carros, sirviéndose de nuestros conductores, á quienes trataban brutalmente y amenazaban de muerte á la menor demostracion de mala voluntad. Por otro lado, nuestros soldados, desarmados y confundidos, estaban encerrados entre batallones que los guardaban de vista. Se reunian nuestras armas y nuestras municiones.

Aquel espectáculo de nuestra ruina me parecia un sueño. Pero luego no pudimos contener nuestra indignacion. En medio de aquel tumulto acabábamos de ver á López frente á su antiguo alojamiento. El miserable estaba á pié, siempre de grande uniforme, con el codo apoyado sobre la silla de su magnífico caballo, y miraba con aparente impasibilidad aquella escena, obra suya!

XI

La Cruz convertido en prision.—Otra vez el hambre.—Lo que habia sucedido al general Márquez.—Los desertores del ejército frances van á visitarnos.—Accidente y pequeña carnicería.—El capitán Ruiz.—Nos trasladan al convento de las Teresas.—El Emperador nos sigue.—El general Mendez cae en poder de los republicanos.—Mi despedida del general Mendez.—Ejecucion del general Mendez.—El general Arellano se escapa de los republicanos.—Se decide de nuestra suerte.

Se nos hizo entrar en la nave principal de la iglesia contigua al convento de la Cruz, donde se encontraban ya gran número de nuestros camaradas, á los que volvimos á ver con gusto.

El aspecto de aquella gran reunion de oficiales encerrados en una iglesia degradada y despojada de sus antiguos ornamentos, era lastimoso.

A cada instante llegaban nuevos compañeros de cautiverio. Nos estrechábamos la mano con efusion.

Pero el hambre se dejó sentir de nuevo. No se hizo ninguna distribucion. Aquellos de nosotros que habian conservado algun dinero fueron los únicos que pudieron darse la satisfaccion de comer. Habia algunos que caian de inanicion.

La disciplina, esa potencia formidable que multiplica hasta lo infinito los medios de la fuerza, habia desaparecido para hacer lugar á la debilidad individual, al egoismo personal, y á un vil temor; ante la familiaridad, consecuencia de un desastre comun, decaia el prestigio de los grados.

El deseo de apaciguar el hambre y la esperanza de recobrar pronto la libertad, eran los únicos objetos de nuestras preocupaciones. Los oficiales superiores se consideraban como con-